

Benedicto Chuaqui

Exégesis



CLEMENCIA y serenidad, oh repartidor del letargo nocturno!

No condenéis sin escuchar os suplico.

Mis párpados rehusan coger su ración de narcótico, y mis pupilas permanecen erectas, como centinelas desafiantes ante vuestro paso.

Es verdad.

Es porque los goznes de sus puertas ya no giran, si no ya los habríais escuchado rechinar...

El agitado y violento abrir y cerrar los ha desven-
cijado hasta la miseria...

Y esa arrogancia que os puede parecer insolente, no es más que solemnidad que encubre la zozobra de los despojos de la altivez.

Mis ojos no os han desdeñado, oh repartidor del letargo nocturno, yo os juro.

Son los extranjeros desorientados, carentes de ma-
drigueras, que aúllan presurosos exigiendo hospedaje,
como perseguidos por el ángel del tedio.

Y se instalan con el equipaje de su ansiedad en mis

apostentos, como peregrinos resueltos y crueles. Y percibo con emoción sus expresiones de gratitud, sus plegarias enfatuadas.

Y mis horas de sueños se han familiarizado con este fantástico universo hasta el amor, y su algazara y sus preces rigen mi pupila de sonámbulo.

Y mientras los demás se os entregan sumisos, oh repartidor del letargo nocturno, mis párpados rehusan coger su ración de modorra, y mis pupilas permanecen erectas como centinelas desafiantes ante vuestro paso, enajenado, y os juro, por los extraños mundos de nuestro imperio.

Clemencia... serenidad, os reclamo, para mis ojos, oh repartidor del letargo nocturno...